

BOLETIN  
DE LA  
EXHIBICION NACIONAL  
DE MADRID  
1900



**AÑO IV.— Núm. 126.— Viernes 8 de Marzo de 1901.**

**20 céntimos número en España.**

**Oficinas: Clavel, 1, Madrid.**

Ayuntamiento de Madrid



**MÁLAGA.—Vapor «Alicante».**

Inst. de D. César Yatti.

## COPLAS

Las campanas de la torre,  
cuando me dijiste: *sí*,  
estaban *tocando á gloria*,  
y pensé: *tocan por mí*.

Tanto me has hecho penar,  
que, acostumbrado al dolor,  
quiero con tu amor llorar  
y no reir sin tu amor.

Tú me enseñaste á fingir,  
tú me engañaste primero.  
luego... ¡te engañé yo á ti!

Injustamente, serrana,  
mañigo tu falsedad;  
yo digo que te aborrezco...  
¡y no te puedo olvidar!

Cuando vayas á la iglesia,  
no digas al confesor  
todo el daño que me hiciste...  
¡porque te niega el perdón!

*Federico Gil Asensio.*



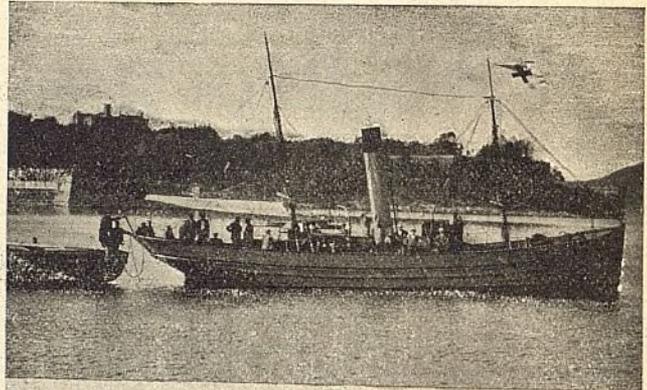
## DOS MIRADAS

¿Te acuerdas, dulce amor, de aquella tarde  
que marchamos al huerto?  
— Te quiero con pasión!— así me hablaba  
tu mirada de fuego.

Y después de pasar felices horas  
que olvidar no consigo,  
tu mirada glacial sólo expresaba  
ironía, desdén y mucho hastío.

.....  
¿Porqué una variación tan repentina?  
¿Me lo dices, mi cielo?  
¡Qué cambiaste lo ideal por lo tangible?  
No seas niña, mujer; ¡si eso es lo eterno!

*R. Alonso y Murillas.*



**Vaporcito remolcador (Bayona).**

Inst. del Sr. D. H. Ocaña.

**Playa de Nazaret (Portugal.—Pescadores vendiendo.**

Inst. de F. Vugós.

**Puerta del Duque (Zaragoza).**

Inst. de E. García Mejía.

jote: y sin esperar más respuesta, picó á Rocinante, y lanza baja arremetió contra el primer fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña más ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligera mente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto: y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo á las espaldas.

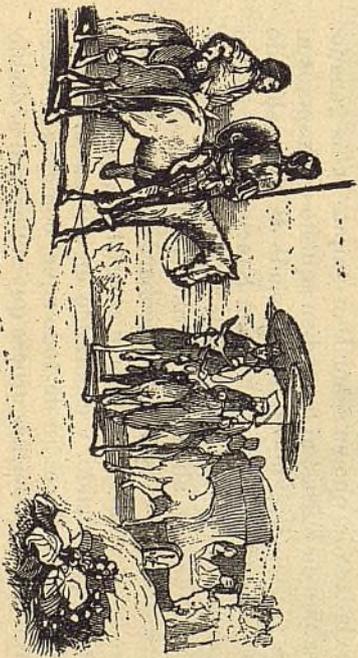
Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: la vuestra fermosura, señora mía, puede hacer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace en el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no prnéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa, sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esa señora, y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quijote decía, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asíéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera: «anda, caballero que mal andas: por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas, como estás ahí vizcaíno.» Entendióle muy

quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene: mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice; porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesados por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero le dijo: Yo me acuerdo haber leído que un caballero español, llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas. Aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas Machuca: hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno, como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así, como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió Don Quijote, y si no me quejodel dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se les salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho: pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera: de mí se oír que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reír Don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podía muy bien quejarse cómo y cuando quisiese, con gana ó sin ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Dijole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo, que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el el más regalado bodegonero de Málaga; y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le

acordaba ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y de uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco, que casi le podía servir de lanza, y puso en él hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenía el estómago lleno y no de agua de chichoria, de un sueño se la llevó toda; y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla más flaca que la noche antes, y affigiósele el corazón por parecerle que no llevaba camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápite, y á obra de las tres del día le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole Don Quijote, podíamos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas adviérte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y más que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni en pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agravarle. No digo yo menos, respondió Don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían: traían sus antojos de camino y sus

quitasoles. Detrás dellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie; venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban al mismo camino; mas apenas los divisó D. Quijote, cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es nuestro desha-



... dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios..

miré que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondió Don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían. Y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podían oír lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunada, dejad luego al punto las altas princesas, que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no algunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo Don Qui-

INSTANTÁNEAS

LA VIDA ILUSTRADA

DIRECTOR:  
MANUEL SALVI



REDACCIÓN

OFICINAS

CLAVEL, NÚM. 1

MADRID

*Beneficio de la Pino.—Beneficio de Nieves Suárez.—Italia Vitaliani.—Círculo de Bellas Artes.*

Benavente, autor y actor en una sola pieza, la titulada *Sin querer* (y ustedes perdonen el retruécano), era la novedad de la función del beneficio de la Pino.

Así en la comedia *Don Tomás!* como en el juguete renovó sus triunfos la Sra. Pino. En ambas obras la gentil y bellísima artista pone en juego todos sus atractivos y encantos de mujer, y todos sus talentos de actriz cómica. Muchos aplausos logró también en *Sin querer*, breve é ingenioso diálogo que lleva la marca de fábrica, por la sencillez y la naturalidad que desplegó en el difícil arte de conservar.

Benavente llevó su galantería con la beneficiada al extremo de acompañarla en la interpretación de su misma obra.

La Sra. Rodríguez, las Srtas. Sampedro y Catalá, y los Sres. García Ortega, Rubio, La Riva, Mora y González, hicieron los honores de la velada á su distinguida compañera y compartieron los aplausos con ella y con el autor de *Sin querer* que, «aun sin querer» lo hace bien todo.

En el teatro Lara celebró su beneficio la lindísima actriz Nieves Suárez.

En *El patio* y en la hermosa ópera *Raul y Elena* y en *Zaragüeta* fué aplaudida constantemente, recibiendo manifestaciones del cariño que la profesa el público.

El saloncillo aparecía convertido en magnífico bazar con los obsequios ofrecidos á la Srta. Suárez por sus admiradores, que la presentaron como homenaje enorme cantidad de ramos, sombrillas, alhajas, abanicos, rosarios, collares, sortijas, cuadros, retratos y una guitarra.

¡Cómo trabajaron todos los artistas! Las Sras. Valverde y Domus; los Sres. Balaguer, Larra, Santiago y Morano, todos en general ofrecieron un hermoso conjunto.

Los periódicos de Barcelona dan cuenta de un nuevo éxito obtenido por la Sra. Vitaliani en la reprise de *La casa paterna*, vigoroso drama

de Sudermann, que produjo honda impresión en el numeroso público que había acudido al teatro de Novedades.

Italia Vitaliani hizo una interpretación propia (de la parte de protagonista, que ha estudiado y comprendido, sabiéndola adoptar á sus facultades.

Es indudable: después de Sarah Bernhardt ninguna artista extranjera ha dado tanto relieve al personaje Magda como la primera actriz de Novedades.

Todas las noches es ruidosamente aplaudida y celebrada.

El acontecimiento teatral de mañana sábado en Apolo será la matinée que se celebrará por el Círculo de Bellas Artes, al que asistirán SS. MM. y A.A.

El pedido de localidades, palcos y butacas es extraordinario.

Bien por el Círculo.

TEATRO DE APOLO:



Le Ballet volant.

En el teatro Real, y con *Lohengrin*, debutó el tenor señor Viñas, el cual entusiasmó al público y obtuvo ovaciones de lirantes. De tal modo cantó el *racconto* que se vió precisado á repetirlo.

Campanini dirigió la orquesta y tuvo que disponer la repetición del famoso preludeo.

M. S.

LO QUE DICE LA NIEVE <sup>(1)</sup>

(MONÓLOGOS DE UNOS COPOS.)

—«Compañeros: ¿Divisáis ya á Madrid?... Miradle; está allá abajo, bullidor, febril, con sus altos edificios y majestuosas torres. Envuelto entre una vaga neblina, apenas se le distingue confusamente... Dentro de pocos momentos, nosotros le habremos engalanado con nuestro blanquísimo cuerpo, extendiendo una interminable alfombra sobre su suelo.

»¡Cuán breve es nuestra existencia! Nacidos hace unos minutos, estamos destinados á morir pocos momentos después. Caeremos al suelo, unos pies ingratos nos matarán, y... ¡adiós ilusiones!...

»Compañeros: ¿No reconocéis que el placer de vivir en el espacio es muy efímero para nosotros?

—»¡Sí...! ¡Sí...!

—»Pues ni aún el derecho de lamentar esta injusticia se nos concede. Hasta en las alturas existen contrariedades; ¡yo, que creía que esto era patrimonio exclusivo de la tierra!... Pero abandonemos las reflexiones, que la meditación es cosa mal vista en un humilde copo...

»¿Distinguis ya más claramente á Madrid?... ¡Qué hermoso aparece! Las calles llenas de transeuntes y de vehículos, que cruzan en opuestas direcciones... Los establecimientos abiertos...

»Pero ¡ay! nuestra muerte está próxima... Mirad, mirad los tejados, ese será el cementerio para muchos de nosotros... ¡Compañeros, buena suerte y larga vida!

»¡¡Quién sabe dónde iré yo á encontrar mi tumbal!...

Y los copos, jugando caprichosamente en el espacio, caían lentos, silenciosos, uno tras otro, con insistente monotonía. Los tejados se engalanaron de blanco, y en las calles apareció una alfombra inmensa y fantástica... Y al caer, acariciaban coquetamente los rostros de los transeuntes y vestían con su albo ropaje las desnudas y escualidas ramas de los árboles.

—«Volando, volando, he venido á morir dulcemente en un rincón del paraíso: ¡los labios de una mujer! Es tan hermosa, que al pasar junto á ella para ir á caer en el suelo, cambié de ruta y me posé en su boca. Morir en el cáliz de un clavel, es delicia inefable; yo, al sentir el tibio calor de su boca, me voy evaporando poco á poco... Un estremecimiento de enervante placer me ha conmovido tan profundamente, que mi muerte se me ha acelerado... Dentro de poco habré dejado de existir.

»Nadie lo sabe; pero estoy seguro de que muchos mortales habrían envidiado mi dichosa agonía...»

—«Yo pensaba con tristeza en mi próximo fin, cuando caí sobre un cuerpo ligeramente blando. Era la mano de un niño, que la extendió para recibirme. ¡Cómo sonreía!...

»Cerró la ventana, y corriendo por la habitación, exclamaba: Mamá, mamá, mira: nieve. Pero al pretender mostrarle mi pequeño cuerpo, me deshice... Y el muchacho al advertir mi misteriosa desaparición, comenzó á llorar desconsoladamente...

»¡Pobre! En su corta edad no comprendía que aquello obedecía á una ley inexorable de la vida. ¡Cuántos hombres hay que persiguen un ideal, y cuando, regocijados, creen poseerle entre sus manos convertido en realidad halagadora, observan que ha desaparecido, como yo desaparecí de la palma de una infantil manol!...

—«A mal sitio he ido á parar: ¡al arroyo!... No sé cómo tengo serenidad suficiente para contemplar mi alba vestidura manchada asquerosamente por el barro de la calle. ¡Cuánta inmundicia y suciedad!... Mas ¿qué veo? Una impetuosa corriente avanza amenazadora. Ella me ahogará con todo el cieno que trae en su ondas. ¡Qué muerte tan horrible!

»Malditos mangueros y *barrosos*; ¡porqué se os ocurreregar ahora? ¿Para limpiar la acera? ¡Es decir, que á nosotros, los copos de nieve, lo más puro, quizá, que existe en la tierra, se nos arroja al arroyo, para co fundirnos entre el lodo é inmundicia!... ¡¡Ingratos, ingratos mil veces!...

»¡Qué hermosa mujer cruza ahora la calle! Pero ¡qué amarga decepción! ¡Si su rostro tiene una espesa capa de coloretel! ¡Sus labios están pintados! ¡Su cuerpo exhala un empalagoso perfume!...

»En medio de mi agonía, encuentro, al fin, un dulce consuelo... *mal de muchos...* que dijo el otro. ¡Pobre mujer! Digna compañera mía; pues, qué ¿no fué en su honradez sino un

hermoso copo de nieve, que como yo, cayó en el arroyo del vicio desde las alturas de la pureza?...

—«Yo, por fortuna, tengo asegurada la vida durante mucho tiempo. ¡Qué hermosa está la llanura! Nadie cruza por estas soledades; los árboles, mudos como espectros, elevan al cielo sus raquíticos brazos engalanados con la vestidura de mis compañeros... Nadie interrumpe esta soledad majestuosa, ni nos atormenta con sus pisadas...

»¡Qué dulce es vivir así, y que aspecto ofrece el campo tan blanco y tan ideal! Después de todo, hace bien el hombre en no molestarnos... Porque nuestra blancura, que adorna el paisaje, es como la esperanza que alegra la vida; si ésta desaparece, la existencia es miserable, penosa; si á nosotros nos barren, el campo queda yermo, árido, tal como es...»

—«¡Adiós tocayas! ¿Con que yo, humildísimo copo de nieve, emblema de pureza, según dicen los hombres, he venido á parar en las respetables canas, símbolo de experiencia?... Nunca pasó por mis mientes semejante sueño. ¡A fe mía que esto es la gloria!...

»Pero... ¿qué hace la pobre anciana asomada al ventanuco de su buhardilla?... ¿Espera á su hijo, que no sabe de él hace mucho tiempo?... ¡Bah! ¿Y para eso dirige sus mortecinos ojillos hacia el lejano confín del horizonte?... ¡No, caramba, no! ¡Qué los dirija allá arriba, de donde yo caí!...

»¡Pobre senecta! ¡No se ha movido al sentir mi frío contacto en su cabeza!... Por más que tan indiferente como ahora habría permanecido si yo hubiese podido caer en su corazón... Porque ella, hundida en la penumbra de su vejez, habrá dicho:

—«Un poco de nieve más en la cabeza ó en el pecho, ¿qué me importa?...

—«¡Canastos! ¿Qué tejado tan extraño es éste?... ¿Qué significa este color gris obscuro? ¿Dónde andan metidas las clásicas tejas de barro, ornato de todas las casas madrileñas? No me explico esta súbita transformación...

»¡Ah! ¿Sois tejas de pizarra?... Ya veo, ya veo que el hombre no deja de estudiar... ¡Cómo! ¿Qué? ¿Qué es esto un palacio? ¿Que es la morada de un noble prócer?... Ahora ya me explico el color de este tejado, y el apetitoso olor que despide esa chimenea... ¡Un prócer! La verdad es que nunca supuse yo que fuera á encontrar la muerte nada menos que en un palacio. ¡Solamente por esto, me dan ganas de morir me cuanto antes!...

»Pero ¿qué sucede? ¡Cómo gime la ventisca; muy furiosa está hoy!... ¿Eh? ¿Qué es esto?... ¡Toma, pues ya estoy en el espacio otra vez!... ¡Adios, palacio! ¡Adiós, muerte dichosa!...

»Lo que me temía; caí en la acera... Un transeunte distraído ó inhumano me pisará y concluirá mi vida desastrosamente... Pero ¡bah! ¡Quién sabe si á ese ricachón le acontecerá lo que á mí, y del tejado de la opulencia caerá algún día á la acera de la penuria...

»¡¡Da tantos soplos el huracán de la vida!...

—«Sería un despreciable copo de nieve, si no me mostrase contento con mi fortuna. ¡Qué muerte tan agradable me ha deparado la casualidad! He caído en el pecho de una ma-



MÉXICO.—CASA AYUNTAMIENTO Y PORTALES DE MERCADERES

Inst. de L. González Guerra.

dre, y á su tibio calor voy derriéndome... Amante y cariñoso, me trata como á su hijo. No le produce sensación mi helado cuerpo, y permite que yo permanezca al abrigo de su pecho... Hasta me contempla con cierta expresión celestial...

»¡Benditas sean las madres!... Siempre guardan calor en su pecho para todos, y siempre conservan en su corazón unos puros destellos de ternura...

»La nieve y el amor maternal, son hijas de la bondad divina: ¡la virginidad y la pureza las hermanan!

Emiliano Ramírez.

Febrero, 1901.

## FLORES SIN VIDA

Para José González Matallana.

Con extraña habilidad,  
robando á la luz colores,  
imitas la realidad  
haciendo de trapo flores  
con sublime identidad;  
pues son flores tan hermosas,  
que para mostrar tu ciencia.  
se posan las mariposas  
engañadas, en las rosas  
que sólo les falta esen-  
cia. Que sin aroma una flor,  
no es tal flor, Lola querida;  
mujer que no sienta amor,  
y una rosa sin olor,  
seres son, pero sin vida.  
Y ya que este punto toco,  
yo que estoy de amores loco  
por la bella jardinera,  
de una que la falta poco  
para ser flor verdadera,  
he evocado á mi pesar  
ciertos infaustos amores  
que escuché allá en mi lugar,  
á uno que soñó con flores  
y halló trapo al despertar.

Fernando Serrano Vallina.

## D. Mariano Araus

La profesión literario-política del periodismo es, sin disputa, la más ingrata de cuantas puede el hombre abrazar. Mantiénese la labor en el incógnito, súfranse las penalidades de una incesante y ruda tarea, y sólo aparece la personalidad del periodista cuando los tribunales le buscan, los adversarios le retan á duelo ó las autoridades le persiguen. El mismo que acaba de solicitar silencio ó apoyo, casi siempre injustos, difama al periodista y al periodismo. Como al clero, todo el mundo nos censura, sin perjuicio de solicitarnos en los momentos culminantes de la vida.

Si por si acaso se alcanza personalidad, cosa imposible sin mérito real, á menos de lanzarse por la vía de los escándalos, un detalle cualquiera, independiente á veces de la voluntad del escritor, que le impone el alejamiento de la tarea cotidiana, le borra del mundo de los vivos.

No es extraño, pues, que Araus, retirado há diez años del periodismo, permaneciera casi en el olvido en que él vivía muy á gusto.

Radical en sus opiniones, cosa natural siendo de Huesca, tan pronto como terminó la carrera de abogado, en Zaragoza y en Madrid, se dedicó á luchar por los ideales democráticos. *La Democracia*, *El Imparcial* y *El Liberal*, fueron sus tribunas é hizo campañas muy notables, en que sobresalían de sus condiciones de escritor sus talentos de periodismo.

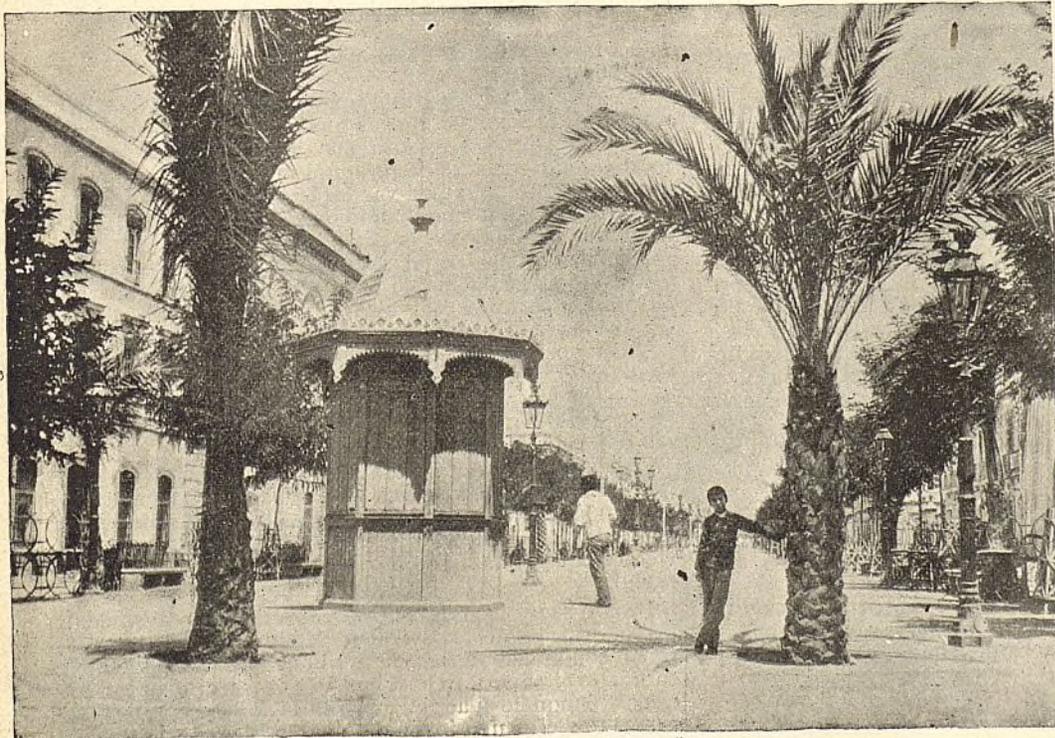
Ha muerto al cumplir los sesenta años, á pesar de que nada en su aspecto físico ni moral denotaba el próximo fin de una actividad tan constante como la del notable periodista oscense, que en dos épocas diferentes y por espacio de tres años en cada una, tuvo la dirección de nuestro querido colega *El Liberal*.

9.

Con el presente número repartimos cuatro planas de la preciosa novela ilustrada, de Solís, LA INSTITUTRIZ, y otras cuatro planas, ilustradas también, de la inmortal obra del príncipe de los ingenios, Miguel de Cervantes, DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



D. MARIANO ARAUS  
Ilustre periodista y ex-diputado á Cortes.  
Fot. de J. Bueno.



CÓRDOBA.—PASEO DEL GRAN CAPITÁN.—POR LA MAÑANA

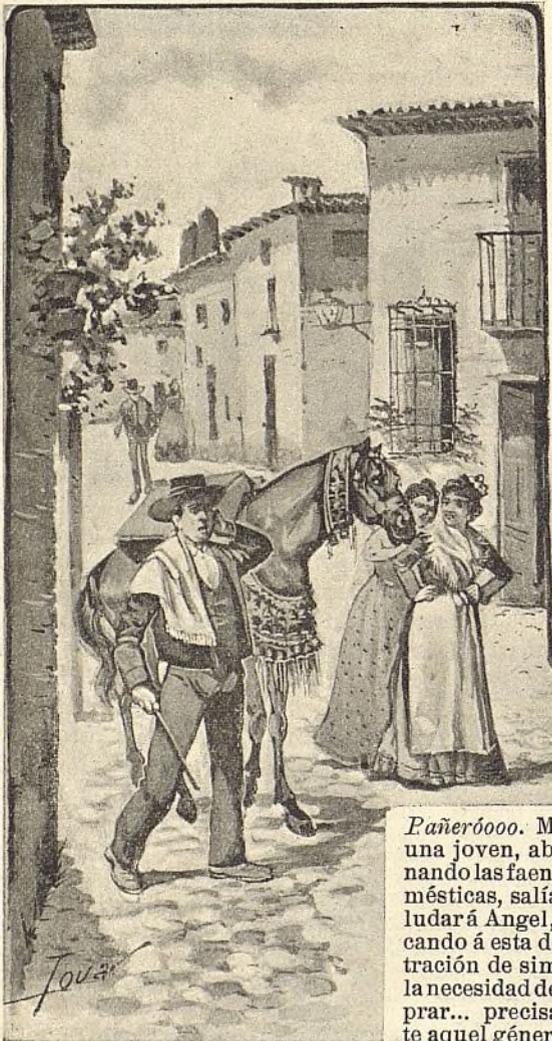
Fot. de F. Molina.

## EL PAÑERO

Delante de su hermoso caballo, que aparejado á la andaluza lleva sobre sus lomos dos grandes fardos de telas, haciendo sonar con su acompasado movimiento un sinnúmero de campanillas, que prendidas en ancho petral, adornado con bordados de seda y largos flecos de variados colores, da al presumido animal un aspecto precioso, va el pañero voceando su mercancía por todos los pueblos de la provincia.

Angel el Pañero era un hombre como de veintitrés á veinticuatro años; guapo, moreno, con el pelo negro y rizado, los ojos grandes y expresivos; su cara, simpática, y siempre sonriente su boca; sus ademanes, distinguidos y airosos; vestía sombrero ancho, siempre inclinado hacia el lado derecho, y chaqueta corta con coderas.

¶ Cuando entraba en un pueblo se colocaba sobre el hombro izquierdo un retazo de tela, y llevando en la mano derecha la vara de medir, voceaba, con fresca y bien timbrada voz, el



*Pañeroooo.* Más de una joven, abandonando las faenas domésticas, salía á saludar á Angel, achacando á esta demostración de simpatía la necesidad de comprar... precisamente aquel género que no llevaba.

Poseyendo estos dones con que la Naturaleza había privilegiado al Pañero, no es extraño que María, la moza más hermosa de Carrión de los Céspedes, la mimada por todos, la imprescindible en cualquier fiesta, donde al compás de la bien rasgueada guitarra ejecutaba con sin igual donaire las clásicas *sevillanas*, se hubiese enamorado de él con todas las fuerzas del primer amor.

En igual caso se hallaba Angel; pero por temor á una contestación negativa, jamás se atrevió á declarar su amor á María, aunque sí á demostrarle muy significativamente sus simpatías en cuantas ocasiones se le presentaban.

Mas un día, al pasar por su casa, voceó como de costumbre, y salió María con su habitual gracejo, su peinado bajo, su guirnalda de flores en la cabeza y su pañuelo de talle, y comenzó el siguiente diálogo:

- Pañero... Pare usted la jaca.
- Hola, Mariquita; Dios la guarde.
- Venga usted con Dios, Angel. ¿Trae usted lana durse?
- Sí, señora...
- ¿No le ha gustao á usted la pregunta?

—¿Por qué me dise usted eso?  
—¿Cómo se ha puesto tan colorao!...  
—No, no es por eso; es... que siempre que la veo me pasa lo mismo.

—¡Po hijo, es usted poco vergonzoso que digamo!...  
—¿Qué quiere usted... no lo puedo remediar!... Con nadie me pasa eso más que con esa cara de rosa y ese cuerpesito, digno de estar entre los ángeles del cielo.

—¡Mira también el vergonzoso y qué burlón es!...  
—¿Cree usted que es burla?... ¡No, María! Son sentimientos que emanan de lo más jondo del corazón y que nunca me atreví á decírselo, por temor á que se burlara de ojos.

—Angel...  
—¿Se ruborisa usted también?... ¿Sentirá usted lo mismo que yo?... ¡Si así fueral!...

—No, no, señor; es que tiene usted una manera de decir las cosas...

—A usted, no sé... no puedo hablarle de otro modo; y ya que hoy he tenido el descaro de decirle el cariño que hace mucho tiempo abrigo aquí dentro, no me deje usted ir sin un rayito de esperanza, que será para mí la mayor alegría que pueda resibir en mi vida.

—Angel... por Dios... saque usted la lana durse y déjese de...

—Pero ¿será posible que no me conteste usted á lo que le pido? Si total para usted es poco... para mí... ¡mi felisidá!... ¡Sí, sí me contestará; es usted muy buena, y de un alma tan grande y tan noble no se puede esperar más que... consuelo!

—Está usted hoy desconosido.  
—Porque sienpre disimulé mucho; pero calcúlese usted lo que habré sufrido para contener los impulsos de un querer tan grande, encerrado en un pecho relativamente chico y careciendo de valor para levantar la válvula que lo aprisionó por espacio de tanto tiempo.

—¿Pero eso es verdad? ¿No me engaña usted?

—¿Acaso no revela mi cara la veracidad de mis palabras?

—¿Se finge tanto!

—No lo ignoro. Pero no me tendrá usted á mí en ese concepto.

—No, señor; á usted lo tengo en el mejor.

—Grasia, presiosa María; eso me basta para satisfacer mis amorosos deseos. ¿Cuento con su conformidad para mis presiadros fines?

—Angel... que me está usted haciendo sufrir... váyase usted, haga usted el favor.

—Si supiera que en mi ausencia consistía su felisidá, me iría pa no volver, aunque me matara la pena.

—No, yo quiero que vuelva usted pronto; pero ahora se debía de marchar.

—¿Vuelvo mañana?

—Como usted quiera; pero... ¿y si enteran mis padres?

—Mejor; mañana hablo con ellos del asunto y verá usted con qué libertad podremos hablar delante de todo el mundo.

—Grasia, Angel.

—Adiós, salaisima; hasta mañana.

—Adiós, feísimo.

Y soltando ambos una sonora carcajada, como demostración de la inmensa alegría que sintieron, se separaron satisfechos: ella, á proseguir sus interrumpidas faenas domésticas, dulcificadas desde aquel momento con el recuerdo de su futuro Angel; él, á vender sus géneros, seguido de su noble caballo, que marchando detrás de él sin necesidad de coger sus riendas parecía participar de la alegría de su amo.

¡Cuántas cábalas se forjaban aquellos jóvenes cerebros!

Quando Angel llegó á la posada aquella tarde, estuvo más chistoso que nunca, más alegre que el pajarillo que logra escapar de la jaula que constituyó su prisión.

Ya de noche, salió el Pañero de Carrión con dirección á Castillejo del Campo, donde trabajaría sus artículos medio día del siguiente, y volvería por la tarde á donde ya tenía quien lo esperaba, quien pensaba en él, quien realmente era la dueña de su pensamiento.

Daba gozo oír cantar á Angel, desde encima de su caballo, las sentimentales y alusivas «malagueñas», poblando el obscuro espacio con su hermosa voz, que se extendía con agradabilísimas vibraciones, llevando en cada nota una lágrima y en cada lágrima un átomo de la felicidad que sentía en su pecho.

Pronto se propagó la nueva, en particular por el elemento joven, quienes, de acuerdo con la antigua costumbre, esperaban con anhelo la llegada del Pañero al día siguiente para cobrarles el «Piso», lo cual consiste en hacerle pagar un pequeño banquete á aquel que siendo forastero consigue hacerse novio de una joven del pueblo.

Por fin llegó el deseado momento en que Angel, después de dejar en la posada su comercio ambulante y de ataviarse lo mejor posible, ciñéndose su faja celeste bordada y ponién-

dose con mucha gracia su sombrero cordobés, se dirigiera á casa de María, en cuya puerta le esperaban unos cuantos mozos con el objeto de felicitarle y tomar en su compañía, y por su cuenta, las copas de ley, supuesto que las costumbres hacen leyes.

¡Con qué cariño estrechaban su mano aquellos nobles y leales mozos!

¡Con qué satisfacción les deseaban á los recientes y guapos novios todo género de felicidades!

Después de los citados preliminares, bastó la simple intincación de uno de ellos para que Angel, con la generosidad que tanto le caracterizaba, comunicase á sus amigos la satisfacción que sería para él verles aceptar una pequeña invitación, y dirigiéndose hacia la plaza del Ayuntamiento, donde existe la mejor taberna del pueblo, empezaron á beber en medio de amenísima conversación, sin percatarse ninguno de ellos que Fernando, pálido y sombrío, hacía esfuerzos sobrehumanos por demostrar la misma alegría que los demás, pero no le era posible; al llevarse el vaso de vino á la boca temblaba su mano, y éste, al beberlo, le abrasaba la garganta; y no pudiendo, á su pesar, articular una sola palabra en demostración de lo que realmente no sentía, salió de la taberna, pretextando una urgente diligencia, y fuese á romper el llanto que le ahogaba á las afueras del pueblo, donde nadie viera verter sus ardientes lágrimas, donde nadie pudiera sorprender sus celos, ni le pudieran echar en cara el odio que sentía hacia el dichoso y afortunado Angel, hacia un hombre que en nada le ofendió nunca... en nada... y en mucho—pensaba él;—en nada supuesto que el hombre tiene la libertad de declarar su amor á aquella mujer por quien lo siente, y en mucho... por lo mismo, porque indirectamente Angel le hirió en lo más sensible de su corazón.

Allí, en el recodo del camino, con la cara oculta entre las manos, lanzando sollozos y juramentos como protestando de su adversa fortuna, estaba Fernando, y allí hubiera seguido si el alegre son de las campanillas del Pañero no le hubieran sacado de su horrible letargo.

¡Qué latidos sufrió su corazón al escucharlas!

Inconscientemente, guiado por febril impulso, cogió con crispada mano el mango de su faca, apartándola repentinamente, cual si hubiera tocado un cable eléctrico.

Al aproximarse Angel, que montado sobre su caballo, con la vista fija en el espacio, sonreía tal vez con el grato recuerdo de María, sin apercibirse ni preocuparle los objetos que le rodeaban, sintió de pronto que un hombre, sujetando al caballo por las bridas, le decía:

—Angel, bájate del caballo que tengo que hablar contigo.

—Hola, Fernando; aquí me tienes. ¿Qué te se ofrece?

—¡Lo que tal vez ignores!

—No comprendo... ¿Qué te pasa? ¡Estás nervioso! ¿Has llorado?

—¡Yo! ¡No, nunca lloré!... Los hombres no deben llorar por nada. Los hombres, antes que verter una sola lágrima, deben matar al culpable, si está al alcance de su mano. Y por eso te estaba esperando; ¡para matarte!

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Te ha hecho daño el vino?

—¡No! Eres tú el que me has hecho el daño, mucho daño; tanto, que la herida que me has abierto no se cicatrizará más que con tu vida ó la mía.

—Pero, Fernando, piensa lo que dices... que ignoro...

—Bien; pues si lo ignoras, yo te lo diré: ¡es que me has robado á mi María!

Y acompañando á esta palabra la acción, le dió tan tremenda bofetada, que Angel, perdiendo el equilibrio, rodó por el suelo casi sin sentido; mas antes de que Fernando pudiera secundarle, de un salto se incorporó, y sacando de entre la faja un cuchillo de dos filos se puso en guardia, utilizando el brazo izquierdo á manera de rodela para evitar los golpes de su adversario, diciéndole:

—Nunca intenté hacerle daño á nadie, ni á ti tampoco; pero si quieres pelear por lo que no te pertenece, tira.

Al concluir recibió un corte de Fernando, hiriéndole en el antebrazo izquierdo. Entonces, lanzando un rugido, cual león castigado por el domador, se abalanzó hacia su agresor con tal furia, que le hundió en el pecho la reluciente hoja de su cuchillo.

Este, abandonando la faca, dió un grito de dolor y cayó pesadamente al suelo, espirando á las pocas horas, no sin perdonar ante el juez á su matador y suplicarle á la justicia que no condenaran á Angel, porque no era culpable de su muerte.

Ocho meses después de ocurrido el lance mencionado, cuando en la audiencia de Sevilla se efectuaba la vista de la causa, la justicia, dictaminada por su conciencia, nombró jurado para que diese el fallo que mereciera el delito, y fué pronunciado un veredicto de inculpabilidad á favor de Angel, y, por lo tanto, absuelto.

Celestino León.

## CAPRICHOS

El que peca una vez y se arrepiente,  
logra de la Divina Providencia,  
que es grande su clemencia,  
le conceda el perdón de penitente.

En adorar á una mujer divina  
tan sólo mi pecado ha consistido;  
ni perdón, ni clemencia he conseguido,  
aunque hice penitencia en una esquina.

\*\*\*

Te tapas los ojos  
porque es un exceso

que en esa boquita  
estampe yo un beso.

¿Qué, te ruborizas?  
¡Tu rubor me chocha!  
¿Por qué no te tapas  
entonces la boca?

José Solís.



MÉXICO.—SANGRADO DE LA PLANTA DEL «MAGÜEY» QUE PRODUCE LA BEBIDA LLAMADA «PULQUE».

Inst C. L. (México).

PEDRO DOMEQ

(Casa fundada en 1780.)

Vinos selectos de Jerez.

Vino espumoso

estilo Champagne.

COÑAC DOMEQ

# ZAHARA

Corría el año 1250. Fernando III el Santo ocupaba el trono de Castilla y León y sus vencedores ejércitos se habían hecho dueños de Murcia y Córdoba, la antigua corte de los Omniadas. Mahomed Alhamar de Granada se declaraba auxiliar y tributario suyo, y Abul-Hasán temblaba á la proximidad de sus aguerridas huestes, que se dirigían á la Gran Isbilía, como los moros llamaban á nuestra hermosa perla del Betis.

Las orillas del Guadalquivir se veían en esta época llenas de preciosas casitas y suntuosos palacios, rodeados de flores que, con sus brillantes colores, los dulces sonidos de las guzlas, panderetas y dulzainas, la belleza de las musulmanas que asomaban á los ajimeces envueltas en sus blancos velos y el suave murmullo del agua, todo en armónico conjunto, bajo el límpido cielo de Andalucía, hacía creer en la posesión del paraíso del profeta y las delicias prometidas á los creyentes hijos de Mahoma.

A uno de estos palacios es donde vamos á conducir á nuestros lectores.

A la grandiosidad de su estilo árabe-mauritano, con sus arcos ojivales y sus esbeltas columnas, se agregaba la riqueza del decorado, sus pavimentos de mármol de colores, sus paredes adornadas de ajaracas y alicatados, en los que se combinaban ricamente el rojo, azul y oro; sus techos de cedro con artísticos relieves; sus puertas de nácar, ébano y marfil; y los elegantes surtidores que derramaban las aguas en ricas fuentes de jaspe, hacían que en aquel recinto se reuniera todo lo bello y magnífico que podía soñar la ardiente fantasía de los árabes.

En uno de los salones de este alcázar, reclinada indolentemente en rico cojín de seda, había una mujer envuelta en un velo de blanco lino, que era digna por su hermosura de servir de centro al artístico marco que la rodeaba.

Parecía imposible que la diosa Fortuna no cerniera sus alas sobre los moradores del palacio, y no se comprendía cómo la desgracia pudiera tener entrada en aquel nido formado para el placer.

Mas fijándose con detenimiento en la bella morisca, se notaba la sombra del pesar extendida sobre su moreno rostro, y las huellas de las lágrimas en sus magníficos ojos negros.

La puerta de la estancia giró con suavidad sobre sus goznes y una esclava, de agraciado y simpático rostro, apareció en el dintel, deteniéndose temerosa de turbar la meditación de su dueña.

—Adelante, Noeima; dijo ésta. ¿Qué hay?

—Nada, ama mía; Omar y Alí han partido, el centinela tomó el refresco que le brindó tu esclava y el Nazareno encontrará libre el paso hasta el pie de tu ajimez.

—Tiemblo, Noeima; la dicha y el pesar inundan mi alma á un mismo tiempo; para seguir á Alfonso deje la religión de mis mayores, dejo este encantado Edén en que se deslizó mi feliz infancia y abandono al generoso Omar, cuyo corazón hago pedazos.

—Aún estás á tiempo, ama mía, huye al interior del palacio; no veas al cristiano y olvida esa funesta pasión que desgarró tu pecho.

—¡Olvidarlo, imposible! Pídele al sol que no alumbre, pídele á las aves que no canten, pídele á los astros que se detengan en su carrera; pero no le pidas á mi corazón que deje de latir por Alfonso.

Desde el primer día que lo vi cautivo, trabajando en los jardines, no aliento más que para él; durante la ausencia de Omar busqué ocasión de encontrarlo, le hice conocer mi pasión, nuestros corazones se fundieron en uno solo y la dicha de amar y ser amada llegó á mi alma por vez primera... Pero Omar volvió, la familia de Alfonso pagó su rescate y nos tuvimos que separar... quiso que le siguiera... me he resistido á ello... he luchado... pero comprendo que sin él la vida es imposible; no quiero más Dios que su Dios, ni más felicidad que ser su esclava. Estoy decidida. Vete, Noeima; cuando la noche esté en mitad de su carrera vendrá Alfonso y abandonaré estos risueños lugares... mañana Zahara se llamará María y las vestiduras orientales serán sustituidas por los sencillos vestidos de las damas cristianas... Sólo un pesar domina en mí á todos los demás. ¿Me amará siempre Alfonso? ¡Oh! Daría mi vida toda por poder ver su corazón.

Si no hubiesen estado tan agitadas Noeima y Zahara, hubieran notado que la pesada cortina de brocado de oro que cubría la puerta se agitaba y una sombra se deslizaba silenciosa á lo largo de la galería.

Son las cuatro de la madrugada. Todo duerme en la oriental Sevilla. La luna acaba de ocultarse, se oye el viento silbar sobre las gigantes torres y por el entreabierto ajimez del palacio de Omar se divisa una sombra blanca que mira con ansia al río, como si quisiera disipar las tinieblas para penetrar en ellas con su mirada.

Es Zahara que espera ansiosa la venida de Alfonso.

Quien no haya esperado nunca la llegada de un sér querido; quien no haya sentido la impaciencia del que desea tener á su lado el objeto de sus amores; quien no haya contado esas horas interminables en que cada minuto parece una eternidad, cuando en todos los rumores que llegan á nuestro oído nos parece conocer los pasos del que esperamos y el murmullo del viento nos finge el eco de su voz; quien no haya visto pasar el tiempo, sucederse las horas, disiparse las tinieblas y volver á asomar su disco el astro de la luz, no puede comprender el estado de desesperación y desconsuelo de Zahara, que durante toda la noche había estado atenta al menor rumor y mil veces había vuelto á caer en su mutismo, hasta que la zozobra, la desesperación y el temor la habían vencido, y abandonando el mirador, se había dejado caer en los cojines.

De pronto sintió ruido de pasos á su lado, se levantó apresurada y se encontró frente á Omar.

La sorpresa fué tan violenta que no pudo disimularla, y de no haber estado tan turbada hubiera notado algo extraño en el rostro y la sonrisa del Moro, cuando dejando á un lado su cimitarra y despojándose del alquicel, la cogió cariñosamente por el talle y le preguntó:

—¿Me esperabas, Sultana?

—No, Omar, dijo ella procurando ocultar su inquietud; pero el ruido del viento me tenía desvelada y no quise acosarme.

—Lo comprendo, mas ¿por qué no mandaste encender luces y que tus esclavas distrajeran tu desvelo con sus cantos y sus danzas?

—Me sentía triste, Omar mío.

—¿Acaso mereceré la dicha de que mi ausencia fuese la causa de tu tristeza?

—¡Eres tan bueno!

—No, te amo mucho y eso es todo; por ti he buscado el lauro en los combates; por ti he procurado reunir en el palacio todas las riquezas del Oriente; por ti tengo en mis jardines desde la altiva palmera hasta la sencilla violeta; mi dicha es verte dichosa; pídemme terciopelos, pídemme chales, perlas y plumas y que yo vea siempre serena tu frente, satisfecho tu rostro y amorosa tu mirada.

—Tu bondad provee con exceso mis deseos.

—Uno tienes que no me has manifestado y que me ha hecho dejar mis huestes y volver á tu lado para satisfacerle.

—Yo... no sé...

—Toma esta caja: por lo que ella encierra habría quien diera toda su existencia. ¿No aciertas lo que es?

Zahara tomó la caja presa de vaga inquietud y le dió vuelta entre sus manos.

—Ábrela, dijo Omar, no retardes tu dicha.

—¿Son algunas ajorcas ó algunas piedras preciosas?

—Velo tú misma, Sultana, yo quiero gozar con tu sorpresa.

La morisca abrió la caja con mano trémula; dentro de ella, sobre el fondo de damasco blanco, se veía un corazón ensangrentado; en el momento no comprendió la infeliz lo que aquello significaba; miró á Omar y lo vió con la faz contraída y la mirada torba que le decía con ira:

—Darías tu vida por ver el corazón de Alfonso. Tu deseo está satisfecho. Paga tu deuda... y alzando su alfanje se precipitó sobre ella.

Pero antes de acercarse la vió abrir los ojos desmesuradamente, llevarse á los labios el ensangrentado corazón y caer al suelo como herida del rayo.

Omar se detuvo.

—¡Esclavos, luces!, gritó.

Socorred á vuestra señora, les ordenó cuando acudieron.

Los servidores se precipitaron á levantarla y observaron con terror que estaba muerta.

—Se escapó á mi venganza, exclamó ferozmente el Moro, fué á unirse con él en el paraíso de los cristianos y me dejó solo y abandonado á mí, que no podía vivir sin ella.

Y rápido como el pensamiento volvió contra sí mismo el acero, cayendo exánime al lado del cuerpo de su adorada Zahara.

Carmen Burgos de Alvarez.

## INVIERNO Y ESTÍO

## UNA EXCURSIÓN A TOLEDO

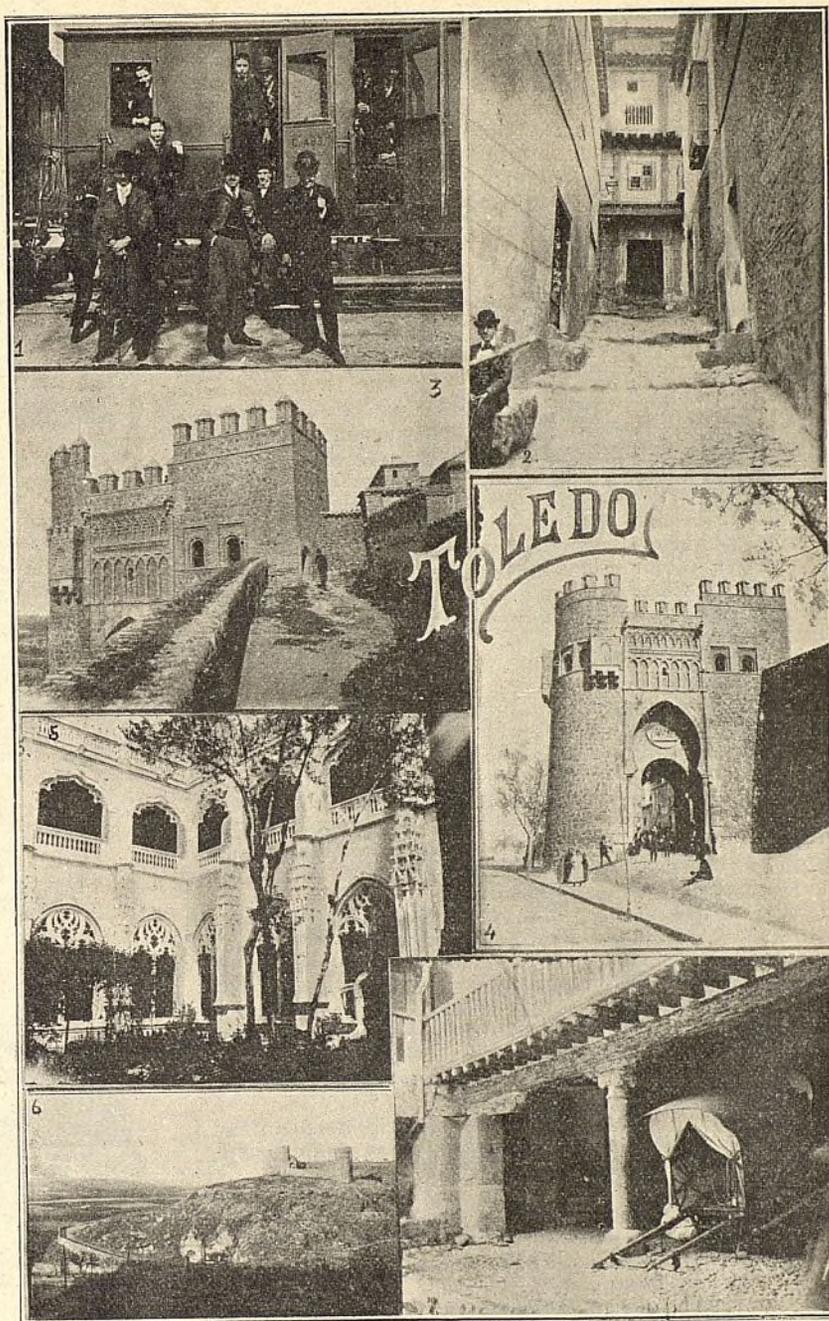
Ya llegaron las tardes  
cortas, de Enero;  
ya de plumizas nubes  
se cubre el cielo,  
y ya el sol blanquecino,  
sin resplandores,  
rojos ó anaranjados,  
en horizontes  
paliduchos, muy tristes,  
descoloridos,  
semejantes á un cielo  
de raso antiguo,  
se esconde tras las brumas  
de lejanías  
impregnadas de tierna  
melancolía,  
monótonas y tristes,  
desdibujadas,  
tan sólo interrumpidas  
por secas ramas,  
que derechas se elevan  
llegando al cielo,  
mendigando los rayos  
del sol de invierno.  
Ya no tienen los campos  
los verdes tonos  
que eran en el verano  
su fresco adorno.  
Ya no tiene la parra  
las verdes hojas  
que en el suelo formaban  
tan dulce sombra.  
Ya no duermes bien mío  
bajo la parra,  
¡son las tardes tan cortas!  
¡y son tan largas  
estas noches de invierno  
en que se cubre  
ese cielo plumizo  
de negras nubes!

.....  
Alégrate, mi alma,  
que ya el verano  
con sus días alegres,  
es anunciado  
por los negros vencejos,  
que con piadas  
delirantes, agudas,  
al sol ensalzan,  
á ese sol deslumbrante  
que es sol de fuego,  
un himno de alegría,  
de amor intenso.  
Ya los campos se visten  
de verdes tonos;  
ya no hay nieve en el monte,  
y ya el arroyo  
murmura dulcemente  
cual la enramada  
que susurra caricias;  
y ya la parra  
proyecta dulce sombra  
con que nos brinda,  
para admirar desde ella  
las lejanías  
de un cielo transparente,

bello, tan bello,  
como son alma mía,  
tus ojos negros.  
Ya ha llegado el verano,  
¡bendito sea!  
Ya puedes vida mía  
dormir la siesta,  
bajo la añosa parra  
que te acaricia,  
cuando á sus hojas mueve  
la blanda brisa.  
Ya ha llegado el verano,  
vente mi alma,  
y aquí, bajo la sombra  
que hace la parra,  
reclina tu cabeza

sobre mis hombros  
y entorna dulcemente  
tus negros ojos,  
que mientras duerme todo,  
menos la fronda,  
que oscila levemente  
cual perezosa,  
por halagos y besos  
adormecida,  
y que entre sueños siente  
tibias caricias  
que son del viento,  
te diré muy bajito  
cuanto te quiero.

Luis Romano.



1.º AL LLEGAR.—2.º UN RINCÓN ANTIGUO.—3.º CASTILLO DE SAN SERVANDO.—4.º LA PUERTA DEL SOL.—5.º PATIO-JARDÍN DE SAN JUAN DE LOS REYES (restaurado).—6.º VISTA DEL CASTILLO DESDE LA CIUDAD.—7.º PATIO DE LA POSADA DE LA SANGRE (donde Cervantes escribió *La Ilustre Fregona*).

El número próximo de **Instantáneas** será dedicado principalmente á las señoras, con preciosos figurines y labores, con texto de gran interés y cuentos ilustrados.

También le acompañarán para que los coleccionistas no se perjudiquen, **Don Quijote de la Mancha** y **La Institutriz**.

En este mes se publicarán dos números dedicados á la mujer, y tres **Instantáneas**.

En el mes próximo introduciremos una gran mejora y economía de precio.

## DEL ÁRTICO AL ANTÁRTICO

Un nuevo felino.

Indudablemente el mamífero de que vamos á dar noticia á nuestros lectores no es producto de alguna nueva evolución; el *gato ciego*, que tal es el nombre con que podemos designarle, debe existir desde la más remota antigüedad en algunas de las regiones del Congo; pero hasta hace muy poco había pasado inadvertido para los naturalistas.

El *gato ciego* es de mucho mayor tamaño que el gato montés y es muy parecido al tigre, con el que se le confunde fácilmente; su cualidad característica consiste en que durante el día es un animal completamente inofensivo, no ataca á nadie, y si es maltratado ó herido no hace resistencia alguna, y si se le acaricia recibe los halagos como cualquier minino de buena casa; en cambio de noche tórname en el más terrible y voraz de los de su especie.

El doctor Danichoff, célebre naturalista y explorador ruso, es el que ha hecho las primeras experiencias en este felino. Yendo de caza se halló frente á frente de un tigre, tal al menos le pareció al doctor, que, lejos de acometerle, pasó casi tropezando con él y sin hacerle el menor caso. En vista de esto el doctor le echó un lazo, de los que va provisto siempre que hace alguna expedición, y el pacífico tigre se dejó aprisionar y conducir como un faldero; lo llevó á su casa, y durante todo el día estuvo pacífico y dejándose acariciar con gran asombro de Danichoff, que advirtió al propio tiempo mucha torpeza en los movimientos del felino, por lo que llegó á suponer si estaría enfermo y era el sufrimiento lo que le tenía postrado.

Lo encerró en una jaula con objeto de seguir observándolo; pero así que se puso el sol el dócil gato se trocó en fiero tigre, y el doctor estuvo á punto de ser víctima de su arrojo por haberse atrevido á entrar en la jaula.

Toda la noche siguió el animal dando muestras de su ferocidad, y en un abrir y cerrar de ojos mató y devoró una cabra montés que le echaron viva en la jaula; pero así que los primeros rayos del sol invadieron la jaula, el prisionero recobró su docilidad y mansedumbre.

El doctor se dedicó á estudiarlo detenidamente, y pronto dió en la clave de aquellos cambios. Las pupilas del animal carecían de la propiedad de contraerse; así es que durante el día el sol le dejaba poco menos que ciego, pues apenas distinguía los bultos, y esta era la causa de la torpeza observada en sus movimientos. Su estado de ceguera le tenía acobardado y, por lo tanto, no se atrevía á combatir con nadie, prefiriendo soportar dócilmente los halagos ó los malos tratos que luchar sin condiciones para ello.

Dudó el doctor si aquel sería un caso especial del ejemplar que poseía ó peculiar de toda una especie, y se propuso capturar otros ejemplares, lo que al cabo de bastante tiempo, y gracias á su constancia, consiguió; y habiendo matado algunos y estudiándolos detenidamente ha podido comprobar plenamente que pertenecen á una familia de felinos no conocida hasta el día, y que, en efecto, su especialidad más característica es la ceguera diurna.

El doctor ruso ha observado que en estado salvaje no salen de sus guaridas durante las horas del sol como no sean muy acosados por la sed; pero se desquitan de noche, invadiendo los bosques y acometiendo á cuantos seres vivientes encuentran á su alcance.

El turista Lazram.

## Correspondencia literaria.

A. G. y G.—Madrid.—El artículo es largo y no muy movido; está bien. Haga cosas más breves y mándelas. Ya sabe le apreciamos.

R. A. M.—Málaga.—Ya habrá usted visto lo del segundo apellido. El artículo es nada más que aceptable. Somos francos; no se ofenda; lo demás irá saliendo con mucho gusto.

J. A. P.—Velez Rubio.—Es agradable. Se publicará.

## Cómo se mira, por Cilla.



—A un inglés que paga.



—A una buena moza, que toma varas.



—A la Autoridad.



—A ella, solo á ella.



—A el adversario en el primer duelo.



—A un escaparate, con muchas cosas de comer.

F. G. A.—Ya habrá usted visto una. Luego publicaremos la otra.

E. C.—No extrañe usted que tarden en publicarse. Tenemos tanto original! Pero hacemos todo lo posible por los amigos.

A. C.—Cartagena.—Flojito. ¿Quiere usted mandar otros?

M. C.—Madrid.—El primero, que es un epigrama, es bueno. Lo otro, sólo regular.

J. A. C.—Idem.—Aceptables los dos.

R. A. G.—La Bañeza.—Bien. Lo publicaremos, después de arreglarlo algo.

F. M.—Nájera.—Gordito es. El soneto para la fecha oportuna.

J. M. S.—Madrid.—Son bastante medianos y no puede ser. Mande otra cosa.

F. D. S.—Zaragoza.—Está bien; pero es una carta de amor.

J. R. C.—Madrid.—El uno se ha hecho antiguo, el otro tiene los consonantes un poco vulgares. Lo de las diez no puede ser. Lo sentimos.

E. R. S.—No son más que regulares.

**AGENCIA EXCLUSIVA PARA EL PERÚ** S. Roix Ferrer.—Lima, 48 y 50, Portal de Botoneras. Anquipa, 72, Mercaderes.



**C**ÓMO volvieron á encontrarse Felisa y Angel?

Como se encuentran el acero y el imán; por esa misteriosa atracción que se llama amor.

Una pasión, ha dicho el ilustre Bourgeois, puede manifestarse de repente, á primera vista, bastando para ello una mirada, una palabra, sin que nadie pueda explicarse ese fenómeno misterioso, esa fascinación extraña, ese secreto movimiento del espíritu.

Nadie ignora, sin embargo, que existe en ciertos seres un fluido magnético que tiende á aproximarlos.

La belleza y ciertas condiciones fisiológicas y sociales del individuo, predisponen al amor súbito y espontáneo de una manera admirable.

Comúnmente, añaden los fisiólogos, esas rápidas simpatías, esas súbitas pasiones se verifican entre dos personas de temperamento, naturaleza y carácter opuestos, que siendo un contraste se armonizan.

nizan y completan. Bourgeois afirma que esta es una de las grandes leyes de la Naturaleza: la de repelerse las cualidades cuando son análogas, y la de atraerse cuando son contrarias, como lo demuestran la física, la química, la historia natural, la fisiología y la medicina moral.

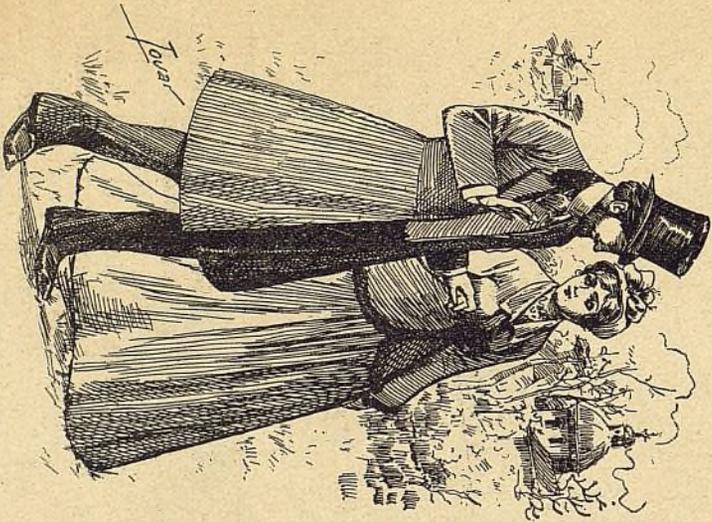
El sabio Dr. Descuret escribe:

«Una prueba de que el corazón busca en el amor una doble conformidad por medio del antagonismo, es que las mujeres coléricas son atraídas por los débiles, y las débiles se apasionan por los hombres firmes y enérgicos.»

Es la ley de los colores complementarios de que habla Víctor Hugo.

Y á la verdad que el contraste entre nuestros dos enamorados no podía ser mayor.

Angel Sandoval, de quien todavía no hemos dicho lo que merece, era un joven de veinticinco años, de aventajada estatura, cara ovalada, tez morena, facciones correctísimas, barba negra, como el pelo y los ojos, que eran de brillante mirada, frente alta y despejada, de esas que anuncian una clara inteligencia y un gran talento.



Felisa y Angel formaban la más gentil pareja que puede imaginarse.

Hijo único de los Duques de Vargas, Angel, hombre de su tiempo, de noble corazón y apasionado por el estudio, había querido tener una carrera, siguiendo la de ingeniero, que bien pronto terminó con las notas más brillantes, mostrándose más orgulloso de su título de ingeniero, por él ganado, que de su título de Duque, tan sólo debido á la fortuna y á la herencia.

Y aquella noche fué la primera desde que llegó á Madrid, en que Felisa durmió, arrullada por las más dulces esperanzas.

Al siguiente día muy temprano recibió una carta para una de las primeras modistas de la corte, acompañada de otra tarjeta de Angel, en que la decía se presentara sin temor y sería recibida.

Así lo hizo, y bien pronto su exquisito gusto, su rara habilidad, su elegancia natural, sus grandes conocimientos, manifestados sin alardes ni exageraciones, la conquistaron el primer puesto en el obrador, con la para ella fabulosa suma de diez reales diarios, amén de muchas y muy buenas propinas.

Angel resultaba para Felisa dos veces ángel: ángel custodio y ángel protector.





## VESTIDOS DE NIÑAS

DE TRES Á CINCO AÑOS

FIG. 1.<sup>a</sup>—Este trajecito se hace: la falda, de tela escocesa de lana y el abrigoito con pa-gris perla.

FIG. 2.<sup>a</sup>—Todo el traje es de seda color guinda con adornos de terciopelo negro; es de buen efecto y muy fino.

FIG. 3.<sup>a</sup>—Vestido abrigo. Se hace de paño verde oscuro y también puede ponerse el cuello de terciopelo verde, algo más claro que el paño.

## TRAJES ELEGANTES

PARA SEÑORITAS Y SEÑORA JOVEN

La figura 1.<sup>a</sup> resulta el cuerpo de un efecto encantador, pero precisa que su ejecución sea muy exacta. El traje se hace con paño color cerveza claro, adornado con cinta de terciopelo negro, estrechita. La figura 2.<sup>a</sup> es un bonito traje de señora joven, hecho de seda color gris rosa, con adornos de restach y trencillas de oro.

Ambas figuras las representamos también de frente y por la espalda.



## ENTRETENIMIENTOS

### CANTARES

A las cuerdas de mi lira  
quise dar entonación,  
sólo por ver si sus ecos  
calmaban mi corazón.

Cuando te halles sola escucha  
las quejas que lleva el viento;  
y verás como te dice  
que se las roba á mi pecho.

A la Virgen la clavarón  
el corazón con puñales,  
mas no sufriría tanto  
como yo con tus desaires.

Mira lo que dijo el cura  
cuando me fuí á confesar:  
que no te quisiera tanto,  
que te quiero por demás.

Yo no sé qué tiene madre  
mi morenita en la cara,  
que á mí me parece un ángel.

*Alberto Gallego García.*

### Frase hecha.



Por MORAL.

*Prima dos á una tres cuatro  
y escultural malagueña  
con tan ciego frenesí,  
que, si la niña se empeña,  
dejo de ser andaluz,  
me embarco para la todo,  
y me cargo con la cruz...  
con la cruz del matrimonio.*

*R. Alonso y Murillas.*

### TRIANGULO, por Marzal.

0 0 0 0 0	Adjetivo.
0 0 0 0	Puerto de España.
0 0 0	Cabo de España.
0 0	Río de Lugo.
0	Vocal.

### Soluciones al número anterior.

A la frase hecha: *Echando pestes.*

Al jeroglífico: *En cuatro meses, no comas entremeses.*

Tipografía Moderna.—T. Osícar.—Espíritu Santo, 18.

### CHARADAS

*Primera segunda  
á Rita Aguilera,  
sentada en su patio,  
tomando el tercera.*

## ANUNCIOS RECOMENDADOS

Gran Taller  
DE  
**FOTOGRAFADO**  
con todos  
los adelantos modernos.  
**P. SANTAMARIA**  
1, CLAVEL, 1

ALBUMS miniaturas instantáneas de bailarinas: La bella Guerrero, 0,25 ptas.—Carmen Luque, 0,25.—Amparo Gómez, 0,25.—Tapas para 1898, 3 ptas.—Idem para 1889, 3 ptas.—Idem para 1900, cuatro meses de Enero á Abril inclusive, 3 pesetas.—Idem para 1900, de Mayo á Diciembre, 3,00.—Album Carnaval, 58 figurines, 50 céntos.

ALMANAQUE DE INSTANTÁNEAS  
Album del año 1901.

### La patria de Cervantes

POR LOS ESCRITORES MAS EMINENTES  
52 páginas en papel Couché, 1 peseta en España.

### El Sagrado Corazón

CASA SALVI

Dibujos, Labores y Artículos Bordados para teatros, bailes, estandartes, banderas, cintas para carreras, uniformes, objetos de sala, gabinete, dormitorio, comedor, despacho, colegios, etc.

### LABORES RELIGIOSAS

Artículos para ternos, casullas, cortinas de sagrario, paños de altar, estandartes y labores de culto.

Los géneros son todos de primera clase. Especialidad en oro, sedas, hilos y algodones.

Clavel, número 1, entresuelo, Madrid, CASA SALVI



### LICOR DEL POLO DE ORIVE

Este dentífrico higiénico es el único que combate las caries; sus condiciones antisépticas son asombrosas.

La venta de 20.000 frascos por mes en Madrid solo, demuestra la supremacía del Licor del Polo de Orive sobre todos los dentífricos extranjeros. No tiene sacarina, salol ni ácido salicílico, que son tan perjudiciales al esmalte, y contiene un dentífrico alemán.

### LA ELEGANCIA

Semanario de modas, para señoras y señoritas, el más útil y práctico.

3 meses, 3,50 ptas.—6 meses, 7 pesetas.

Se suscribe en nuestras oficinas:  
CLAVEL, 1, MADRID

### La Bordadora

ARTÍSTICA

Album de labores y abecedarios

Un número mensual  
de 16 páginas.

Cada album 2,50 pesetas.

TRES MESES, 7 ptas.

Oficinas, Clavel, 1, MADRID

INSTANTÁNEAS es un semanario elegante y de forma nueva, tirado en papel especial. INSTANTÁNEAS tiene 16 páginas de texto, ilustraciones y fotografías. INSTANTÁNEAS es un semanario de actualidad de literatura clásica, humorística y artística. INSTANTÁNEAS publica 8 páginas de novela encuadernable. INSTANTÁNEAS contiene páginas de *La risa* y de caricaturas. INSTANTÁNEAS abrirá concursos originales con premios. INSTANTÁNEAS, á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, sólo cuesta 20 céntimos en toda España.—30 céntimos en el extranjero.—40 reis en Portugal.—1 peseta un mes en España, y 200 reis en Portugal.

Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

### PARODIAS CON

### CARICATURAS

de las obras teatrales  
que más éxito obtienen

*La Golfemia*, 25 céntos.  
*María de los Angeles*, 25 céntimos.

*La balada de la luz*, 25 céntimos.

De venta en nuestras oficinas y en las principales librerías de España.